



CAPITULO XXXIII

En el que continúa la juiciosa conducta de Pudenciana
y los despilfarros de Pomposita

Pudenciana y Pomposa vivían muy contentas en sus casas; aquélla amada y obsequiada de su marido, y ésta cortejada y querida de sus muchos adoradores y pretendientes.

Pudenciana, instruída por su padre, y lo que es más,

enseñada por el buen ejemplo de su madre, se consagró enteramente á darle gusto á su esposo en cuanto dependía de ella, y éste necesariamente la amaba cada día con más ternura.

No se notaba nunca en sus semblantes la menor displicencia, porque los dos se amaban con verdad, y excusaban con prudencia toda porfía, toda disputa que pudiera turbar la tranquilidad de sus espíritus.

Pudenciana sabía muy bien manejarse como mujer amada, reconociendo al mismo tiempo la superioridad de su marido y la dependencia necesaria que le constituía su inferior; y así jamás le preguntaba á dónde iba, ni de dónde venía; tampoco investigaba sus secretos ni le tomaba cuenta del dinero que adquiría con sus arbitrios; mucho menos se oponía á su gusto para nada, ni disipaba en lujo ni en modas el sudor de su rostro; se contentaba con la decencia á que estaba acostumbrada en su casa, y cuando don Modesto quería hacerla una gala, solía ella decirle que no la necesitaba, que tenía suficiente ropa, que no estaba seguro ninguno de los dos de enfermarse, y en este caso mejor sería hallar en el baúl cien pesos que una mantilla de punto ó cosa semejante.

Con este modo amarraba más y más á su marido, quien, como hombre de bien, nunca abusó de la docilidad ni prudencia de su esposa. Sabía que era su superior, no su tirano; que lo debía obedecer, pero no temblar á su

presencia, pues era carne de su carne, una misma con él, y no su esclava.

Como los dos conocían cuáles eran sus derechos y sus obligaciones, y tenían el talento y la disposición necesaria para no abusar de aquéllos y cumplir con éstas, se pasaban una vida harto feliz.

No cooperaban poco los padres de Pudenciana, que no eran de los suegros comunes. Siempre le inspiraban á su hija los nobles y cristianos sentimientos que debían; ella los observaba con su acostumbrada docilidad, y de este modo hacía la felicidad de su esposo, la suya y la de su familia.

Don Modesto no era rico ni pobre; su comercio le daba lo necesario para mantenerse con una decente medianía, la que jamás faltó en su casa con el auxilio de una tan buena esposa, que no sólo sabía ahorrarse de modas y de dijes superfluos, sino que, sin tocar la raya de la miseria, economizaba todo lo posible, lo que encontraba don Modesto cuando la urgencia lo pedía.

Dentro del tiempo regular tuvieron un niño que dió á luz Pudenciana con el parto más feliz. Desde entonces se consagraron los padres á su cuidado, y los abuelos estaban encantados con el nietecito, que era las delicias de toda aquella honrada familia.

Entretanto Pomposita se pasaba una vida bien ale-

gre, consentida por sus padres, mimada por las amigas y lisonjeada constantemente por una chusma de adula-
dores corrompidos.

Ella se complacía con los rendimientos que le hacían, creyéndolos sinceros; y fiada en su hermosura y en sus gracias, sólo trataba de acrecentar el número de esclavos, que así llamaba á sus amantes. Su misma soberbia y vanidad la preservó por mucho tiempo de ser el juguete del amor.

Como no amaba á ninguno y sólo trataba de burlarse de los hombres, creyendo que no había quién la mereciese, no se hacía cargo del mérito particular de nadie; y así no estimaba á ninguno, aunque *estafaba* al que podía, pues no rehusaba admitir los obsequios que la solían hacer de cuando en cuando. ¡Pobres de los tontos que se sacrifican por conquistar con dones el corazón de una loca presumida! Ellos pagan de contado su necesidad; pero también pagan ellas su locura, y á más precio.

Pomposa, á quien todos conocían por la *Quijotita*, apoyada en el consentimiento de su madre, no pensaba en otra cosa que en pasear, estrenar y perder el tiempo y el dinero.

El bueno de don Dionisio no sabía negarse á nada de lo que querían su mujer y su hija. Como hombre débil y acobardado, condescendía con todas las extravagancias

de su familia y se sacrificaba por complacerla en sus más ridículos antojos.

El tenía sus aflicciones interiores, que no manifestaba por no disgustar á las señoras, y éstas, pensando que sobraba para todo, no hacían sino pedir, gastar y divertirse; pero ¡cuánto más nos engañaran las felicidades de la vida si no vinieran siempre seguidas de la pena y de la desgracia! La tristeza llega tras la alegría y el infortunio pisa la cauda del placer y del contento. Esto nos ha enseñado la verdad misma, y lo vemos todos los días por la experiencia.

Si los hombres y las mujeres se aprovecharan de los consejos que leen en los libros ó de los que les dan las gentes timoratas y su propia experiencia, no se vieran tantas familias desventuradas en el mundo; pero por desgracia, á la hora del placer nadie se acuerda, por más que se lo digan, de que llegará muy en breve el rato de la pena y la congoja. Tal vez un gusto labra nuestra aflicción perpetua.

La familia de don Dionisio se dió tanta prisa en disipar, que no fueron bastantes sus bienes á cubrir por más tiempo aquel gran desorden. Su caudal había consistido en una tienda mestiza y una hacienda en jurisdicción de Cuernavaca; pero con la despilfarrada conducta de aquellas gentes, vino á adeudarse como en doce años de los réditos de veintiocho mil pesos que reconocía la ha-

cienda, y la tienda ya sólo se conservaba en fuerza de contraer todos los días nuevos créditos, y como ni éstos ni otras cantidades que en lo particular había pedido don Dionisio para satisfacer los caprichos de su mujer é hija podía pagar, y lo agitaban ya por todas partes los acreedores, al mismo tiempo que éstas no cesaban de sacrificarlo, temiendo descubrirse hasta con ellas por no caer en desprecio, tomó la resolución de abandonarlo todo; y para ello hizo realizar quinientos pesos de efectos con pérdida considerable, y cambió treinta y seis onzas de oro, todo con el mayor secreto; con el mismo una madrugada hizo ensillar su caballo, y sin más que su manga, sable, pistolas y sus treinta y seis onzas, salió á las cuatro de su casa, sin decir al criado más sino que volviese á cerrar el zahuán.

A las nueve de la mañana que se levantó Eufrosina, preguntó por el amo, y diciéndole el mozo la hora y modo como salió, no lo extrañó demasiado, pues como nunca se había dado igual caso, no sospechó lo sucedido y fué á levantar á su hija, con quien á las once se fué á misa, de allí á una visita y volvieron á las dos de la tarde.

Después de haber descansado y avisadas de estar ya la mesa puesta, preguntó Eufrosina si había vuelto don Dionisio, y como supo que no, entró en algún cuidado, lo mismo que Pomposita; sin embargo, como no sabían

aún el horroroso abismo de desdichas en que estaban sumergidas, comieron con desahogo, durmieron su siesta, y á las cinco se fueron al paseo. Mas como á su vuelta preguntaran por el señor Langaruto y se les contestara que aún no parecía, ya no pudieron esperar más, y para comunicarle el caso mandaron el coche á mi tutor suplicándole pasase inmediatamente.

El paje, sin embargo del encargo que le hicieron de que nada dijera, con palabras á medias dió á entender lo que había. Mi tutor me dijo le acompañase, y entrando al coche, en un momento estuvimos en la otra casa, donde encontramos á todos en la mayor confusión, pero mucho más á doña Eufrosina, que en medio de su desarregladísimo manejo amaba á su marido, aunque no con aquel amor puro y prudente que se deben tener los consortes.

Luego que ella vió á don Rodrigo, con la mayor agitación le contó lo que pasaba, diciéndole la hora y modo como salió, por lo que éste, teniendo en cuenta las costumbres de don Dionisio y las muchas ocasiones que hay en los juegos y en los bailes de que los hombres se desafíen, infirió que algún duelo lo habría llevado á tal hora solo y con armas; así lo dijo á su concuña, añadiéndole que en tales casos los hombres solían dejar cartas para que sus familias y amigos se instruyeran, y que por lo mismo era bueno registrar su despacho, para